

Ernesto Montenegro

## Anverso y reverso de la Dictadura

### EL MITO DEL DICTADOR



L Mito, ha dicho Littré, es un relato . . . ». Según el polígrafo francés el Mito es, pues, más una leyenda que un fenómeno histórico. En sentido tan estricto, el Dictador es algo más que un Mito, puesto que actúa en un mundo de realidad harto sensible, aun para un kantiano o un hegeliano que se afane tras «la cosa en sí». Al que se atravesase a considerar al Dictador una pura leyenda, podría recomendársele lo que el Doctor Johnson le decía a un discípulo del filósofo Königsberg, que pretendía ignorar la realidad del mundo visible: —Ahí tiene usted una piedra; déle un puntapié, y sabrá entonces si existe o no».

La sabiduría campechana del Doctor Johnson reconocería de inmediato la realidad del Dictador—el imperativo categórico de la Dictadura—probablemente para abominar de ambos, como el supremo dictador de la literatura que fué. Pero, con su sagacidad habi-

tual, él no tardaría mucho en reconocer que, por lo menos, la mitad del prestigio de un Dictador es leyenda manufacturada por sus secuaces, y muy a menudo, también por sus enemigos. Alguien ha hecho notar, por ejemplo, que los caricaturistas del mundo entero que pretenden zaherir a Mussolini lo dibujan, invariablemente, con los contornos de un gigante ceñudo, cuya sombra abarca el continente de Europa y el mundo, cuando en realidad el Duce es un hombre de escasa estatura y sumamente envejecido para su edad.

El Dictador es un mito en cuanto su persona termina invariablemente por identificarse o encarnar la nación. Esa concepción jurídica, abstracta, toma en él cuerpo y consistencia. Hitler es Alemania para millones de sus compatriotas; Pilsudski resucitó a Polonia. Nada más que el otro día la radio nos trajo el eco vivo de las aclamaciones de Viena al paso del Führer. En medio de la codicia, los rencores y demás malas pasiones que siguen al héroe, como los tiburones al navío, hay mucha sincera devoción mística de la patria, aspiraciones morales, desinterés y amor.

Sin embargo, así como no hay enfermedades sino enfermos, hay dictadores más bien que una Dictadura genérica. Hallamos, sin duda, en todas algunas rasgos comunes, como ser: todas ellas se producen tras un período de descomposición política y de crisis económica y social. Todas ellas se ubican en un nacionalismo militante. Son realistas hasta el cinismo; intransigentes, voluntariosas. Todas pretenden una transformación o

una regeneración total del cuerpo político, y no hay una sola que no monopolice las aspiraciones seculares de su raza. Mussolini glosa la arenga de Napoleón ante las Pirámides, hablando de los treinta siglos de tradición cívica de Roma, al par que Hitler empalma su obra con las hazañas de los Nibelungos y con el socialismo artístico, el héroe-muchedumbre, de la concepción wagneriana.

El Dictador es, pues, el Hombre Representativo de Emerson, el forjador del Destino que veía Carlyle en Cromwell. Por lo común, el Dictador asume la actitud del hombre providencial que viene a salvar a la patria de una crisis, para volver mañana a la vida privada. Pero en este aparece ya la diversidad del tipo, pues en Alemania e Italia no se trata de cubrir la brecha entre dos períodos de normalidad constitucional, sino de substituir un régimen por otro, de crear una legitimidad propia y permanente. Tal es, por lo menos, la intención de esos creadores de patria.

En tal sentido su obra es innegable. ¿Qué sería de Italia sin Mussolini? Su comunismo incipiente de la post-guerra habría sido de seguro ahogado como un incendio de vecindad por las potencias occidentales. Su pueblo sobrio, juvenil y bullente de vida, seguiría disfrutando del aurea mediocritas de las potencias de tercer orden, ni envidiosas ni envidiadas... Pero vino el Duce y le insufló a su raza la sugestión de un pasado remoto, ¡*Civis romanum sum!* Y el milagro fué hecho. Cegaron los pantanos mefíticos, se

abrieron las nuevas vías de alta velocidad; fué borrada la memoria bochornosa de Adua, y la Invencible Armada inglesa torció las proas cautelosas ante el enjambre de los botes torpedos y los aviones italianos.

Precisamente, en la esfera militar es donde la dictadura brilla con más claros méritos. Hasta los pueblos normalmente democráticos recurren a ella en la hora decisiva, haciendo de Clemenceau, Wilson o Lloyd George el árbitro de sus destinos. Una sola voz de mando, es la consigna. Los parlamentos cierran sus puertas; cesa su vocinglera innanidad. La división de los poderes que Montesquieu preconizaba como el sabio equilibrio de las fuerzas del Estado, se convierte en funesta disparidad frente a la nación en peligro. En las palabras de Max Weber: «Está en la naturaleza del liberalismo burgués el no llegar jamás a una ecisión, sino únicamente provocar debates».

El antropomorfismo popular halla igualmente su satisfacción en la imagen del Dictador. Esa cosa vaga y evasiva de la nacionalidad adquiere contornos salientes en la persona de su caudillo triunfante. El pueblo quiere ideas encarnadas, no abstracciones filosóficas. La masa prefiere ser gobernada, a asumir la responsabilidad de una decisión, la alternativa de un conflicto. La Dictadura es dramática, colorida, excitante. Menudean los desfiles militares, las funciones festivas. *Panem et circenses*.

Una aureola deslumbrante, la del éxito inmediato, circunda al Dictador y se refleja sobre la nación ente-

ra. Su voz imperativa se hace oír en todas partes. Los diplomáticos extranjeros toman actitudes de vasallos o de allegados deferentes. La voluntad de la patria renaciente se impone hasta más allá de las fronteras, provocando vacilaciones y controversias en las democracias e imponiendo un medroso respeto entre la ralea de las subpotencias...

Más aún, las mismas leyes económicas parecen doblegarse ante la voluntad diamantina del Dictador. Cesan las manipulaciones de bolsa con las divisas monetarias; los conflictos industriales no se agravan ya en el cáncer de la huelga, del sabotaje o del boycott. La nación, unida en apariencia como una familia feliz trabaja apaciblemente, goza del orden y la disciplina. La Dictadura asume prontamente el papel de censor de la moral, y conforme con la idea bíblica, prohíbe los devaneos, para reducir el amor a la función procreadora, en interés de una patria cada vez más grande. Con la magia financiera de quien dispone de los bienes de todos, el Dictador se convierte en el constructor: palacios, monumentos, caminos, museos, escuelas. Los artistas vuelven a hallar en él la magnanimidad de los Médicis, la esplendidez de Luis de Baviera. Los mismos escritores y poetas (siempre que no se salgan de las conveniencias) hallan igualmente una protección mucho más pronta y eficaz que la que solían conceder tardíamente los parlamentos. La prensa deja de ser la babel de opiniones que ensordece a las democracias del mundo, para asumir una perfecta unidad.

Y si alguien sale reclamando la libertad de expresión, el Dictador puede replicarle, si se digna hacerlo, con perfecta lógica, en las palabras del ultramontano Luis Veuillot: «Os pedimos la libertad, cuando éramos minoría, en nombre de vuestros principios; ahora os la negamos en nombre de los nuestros».

No hay duda, la Dictadura es la eficiencia, la realidad concreta, el triunfo de la voluntad humana sobre los obstáculos; la racionalización de las energías sociales y la disciplina de la voluntad moral de un pueblo. El dictador, ya sea en Rusia o en la Europa occidental, ha logrado galvanizar a millones de hombres, vencer resistencias incalculables, acometer lo imposible.

Veamos ahora el revés del paño, y tan objetivamente como sea posible, presentemos puntos de vista opuesto a los anteriores, de acuerdo con las sugerencias y opiniones que se contienen en una serie de juicios recogidos por el crítico polaco Otto Forst, Mientras las dictaduras están en la ascendencia, tales pareceres han de sonar algo fútiles; pero es característica del pensamiento liberal preferir las relatividades al «absoluto ecuestre» en que personificó al dictador el metafísico alemán.

## EL TESTAMENTO DEL LIBERALISMO

La primera objeción que ocurre contra las Dictaduras, se refiere a su permanencia. Los propios dictadores se han cuidado siempre de presentar su caso como

una emergencia temporal, y cuando su prolongación se ha hecho suficientemente larga, un régimen constitucional ad-hoc, como el de las Corporaciones en la Italia de 1925, o la nueva Carta rusa del año pasado, viene a cohonestar la situación de fuerza. Pero el hombre civilizado no puede vivir en la atmósfera artificial y el unanismo de la tiranía. La disciplina absoluta se concibe paşablemente en el reducido claustro de un monasterio; pero es inconcebible en la extensión y la profundidad de un país moderno.

Que una nación pueda regirse por la voluntad de un solo hombre, puede tener más de apariencia que de realidad. El realismo enfático del Dictador puede ser una ilusión de su megalomonia, pues la masa de los ciudadanos se rige mejor por la persuación, la tolerancia, las concesiones mutuas — el give and take de las democracias anglosajonas— que por la continua compulsión del poder autocrático. La sociedad humana, como cada uno de sus componentes individuales, es un conjunto complejo, flúido, cambiante y contradictorio; de consiguiente, mientras más flexible sea la mano que la gobierne, mayor ventaja sacará de su energía latente.

Una de las desgracias del liberalismo ha sido la de aparecer edentificado con la doctrina económica del *laissez-faire*, de la abstención del Estado en el juego de las fuerzas productoras y valorizadoras. Pero hay quien afirma que esa identidad no existe, o sólo fué accidental. El liberalismo como la democracia no

quiere decir la prescindencia del poder, sino un orden menos rígido y una participación más amplia de todos los elementos capaces en el gobierno. El poder, sea absoluto o de simple delegación, requiere un mínimo de compulsión, y no hay gobierno en el mundo, por relajado que esté, que no mantenga cierta medida de disciplina y de jerarquía. «Como el marino, el político debe seguir el vaivén del oleaje y saber aprovecharse hasta de los vientos contrarios».

Robert de Traz, el ensayista ginebrino, apunta una observación muy sutil acerca del Dictador, cuando advierte que al destrozar el heroísmo y abolir la competencia por los primeros puestos, aquél llega a sentir una secreta admiración y envidia por los hombres que se atreven a oponérsele. Rodeado de sus testaferrros —de sus *yes-men*— sin poder permitirse que nadie crezca hasta su altura, el Dictador es un hombre solitario y melancólico; al igual del multimillonario, ha de ver hipocresía en todos, estimación sincera en nadie.

Por otra parte, al hacer del nacionalismo su eje, la Dictadura estrecha el marco de la vida espiritual, pues las grandes concepciones humanas en el arte, la literatura y la ciencia se resienten de cualquiera limitación. En las palabras de Einstein: «La Dictadura quiere decir mordazas para todos. La ciencia sólo puede florecer en una atmósfera de libertad». Y aun así, uno concibe que haya normas fijas para la técnica de las industrias o de los negocios; pero no es concebible un pa-

trón único para las obras creativas del espíritu, donde la primera necesidad es la concepción original, la diversidad, el contraste. La individualidad, la personalidad de un pueblo no puede estar en la unanimidad, sino en los opuestos; mientras más rica su naturaleza, más grande su diversidad. Ahí estaban para probarlo la riqueza de Alemania en filósofos y en músicos; la sutileza de la raza italiana y su vibrante sensibilidad emocional.

Ahora, por lo que toca a la permanencia de la obra dictatorial, las gentes son demasiado susceptibles al éxito inmediato, para pensar con criterio histórico. Los triunfos y ciertas adquisiciones reales de los regímenes de fuerza tienden a crear una atmósfera de esplendor en torno de ellos, que bien pudiera resultar de corto aliento. Nadie puede permitirse desconocer algunos de los triunfos que los enorgullecen. Desde luego, la vindicación democrática que representa precisamente lo que los héroes del fascismo y el nazismo pretenden negar: su propio arranque de las entrañas del pueblo, hasta llegar a prevalecer sobre las testas coronadas. Ellos representan precisamente la apoteosis del héroe desconocido, del hombre de la calle. Algunas de sus creaciones políticas y buena parte de su obra práctica ha de sobrevivirles. Pero, ¿y lo demás?

La dictadura es por definición un régimen de aventura y de violencia. «Lo que la fuerza trae, la fuerza se lo lleva», advierte en este punto Ferrero, con toda la experiencia de sus excursiones por el pasado de Ro-

ma a su espalda. En tales países se vive en una atmósfera sobrecargada de flúidos inflamables. Bastará una chispa, y todo puede volar en llamas. Ni siquiera el aserto de que la dictadura sea el régimen más apropiado para la victoria militar puede admitirse sin reservas. La unidad de comando, está bien. Pero detrás debe quedar el poder civil, hábil en conocer cuando la válvula de seguridad debe tener su escape... Así las democracias occidentales pudieron imponerse al fin de cuentas sobre los Imperios autocráticos de la Europa Central y Oriental.

Pero la requisitoria más contundente está de parte del espíritu. La Dictadura mata lo más delicado que hay en el ser humano: su dignidad, su sinceridad, poniendo a premio al servilismo y la hipocresía. Matteotti dice con la voz impasible de ultratumba: «La libertad es como el aire y el sol. Uno tiene que verse privado de ellos antes que darse cuenta de que no puede vivir sin ellos».